

JOSE LEZAMA LIMA LEYENDO EN LA TORTUGA

I AGUA DEL ESPEJO

Se salta de la imagen al acero,
así Hesíodo dicta en ciego,
no ciego como Homero, cegato
porque va reconociendo al dar la mano,
sin conocer lo que interrumpe en seco.
La imagen con la serpiente corrediza,
trae la muerte con la tortuga
al fondo. Se va acercando con lentitud
acuosa, absorbe lenta como el carbón
y lentamente disimula lo devuelto:
los ojos en el rabo que comienza a descaecer.
Pero el acero, el primer espejo natural,
tan artificial como el espejo ecuestre,
se come los ojos del que ve,
de la otredad que silba,
los ojos no pueden ser semilla porque son
la semilla entre paréntesis.
Del otro que viene, como las moscas, a caer

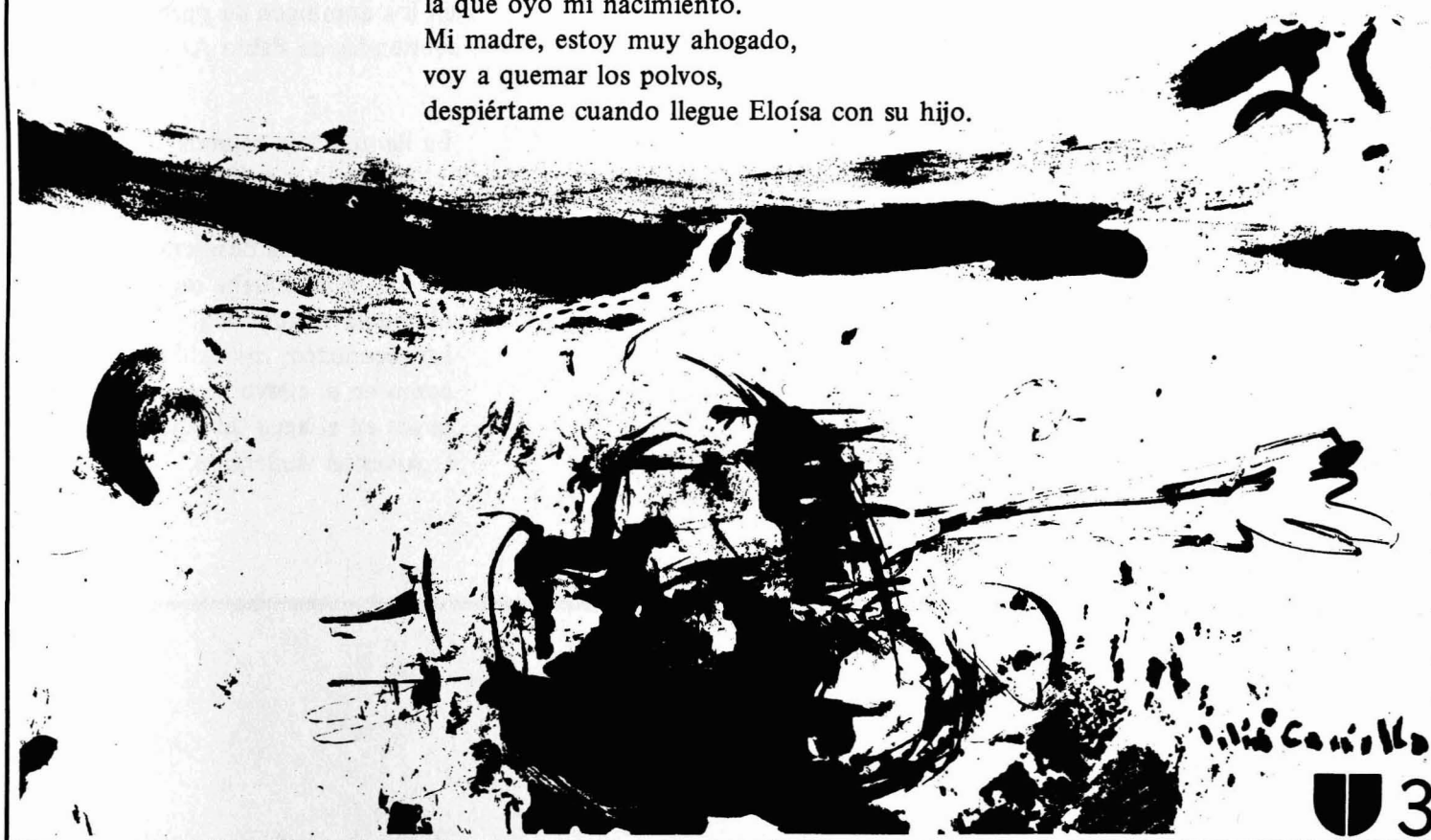




al espejo, la mano agarra el torbellino.
En una página de Hesíodo aparece el acero,
y al reverso, ya lo vemos fraguando
la amputación de los testes.
Tanto el acero como el espejo
van a su yerta paradoja de remedar lo estelar.
Acercar la tapa azul con pichones de nubes
y abajo el caldo del vaivén horizontal,
incopiable porque el espejo es un árbol
y el acero degüella el último ejemplar de los sirénidos.
Sin saberlo el espejo nos da el *amplexus*,
el abrazo de las dos esferas con centro
intercostal intercambiable,
es decir, la imagen abrazo tiene la inversa raíz en lo
estelar
y el *quies*, reposo estelar, busca hundirse
en el amasijo umbilical.
El espejo nos da el abrazo sin testigos,
las dos manos cruzadas sobre el pecho,
las dos mamas como diamantes de serpiente
unidas por el tercer pie de Tiresias.
A caballo penetramos el espejo
y el acero nos devuelve con cosquillas.
Del espejo saltamos, miramos, nada reconocemos
y el acero agranda la avutarda en carcajada.
Para perderse el espejo, el acero para reconocerse:
El azogue y el metal traen el homúnculo.
Así son tres las invenciones de lo perdido
y su reconocimiento, los malditos enanos
soplados en el ombligo:
el espejo, el acero y Euforión
saltando por el fuego,
como la salamandra de amianto iridiscente.

II ABRIL TERRENAL

El pestañeo oscuro del comienzo conversable,
la mesa con el jeroglífico celeste,
el lenguaje anunciando la caída del arcoiris,
cada palabra una lengua voladora.
Piedrecillas con fuego desprendidas,
torneadas como el cuerno del toro.
El sacerdote de mitra rajando el zodiaco,
el 23 de abril naciendo nuestro planeta.
Larvas en espiral, descifrables
líneas en el hígado, entrañas humeantes,
y también las palabras, tensas mandatarias,
apoyando su hálito en el *humus*,
como el torbellino en el caos,
o el mejillón japonés en el guaicán verdinegro.
Cada palabra un *apeirón* de arcilla,
sostenida por la respiración nocturna.
Parménides ciego tejiendo la alfombra de Bagdad.
Comienzo porque sé que alguien me oye,
la que oyó mi nacimiento.
Mi madre, estoy muy ahogado,
voy a quemar los polvos,
despiértame cuando llegue Eloísa con su hijo.





III DECIMAS DE LA AMISTAD



Para Armando Alvarez Bravo

Un libro como patena
o un gato como nieve,
la delicia que se atreve
cerca de la Nochebuena.
Cuando la fiesta está plena
toda la casa se avisa
la sílaba con la sonrisa,
se cuela en cada estación,
el pincel y el melón,
la baraja, profetiza.



Para Mariano

Un gallo color ladrillo,
en su centro y su compás,
pitagórico tomillo
dijo: yo no espero más.
Una cinta enredarás
y otra en el aire acuesta,
ésa es la mejor digesta,
casi al borde de la mar,
y como el diamante remar
lo que no tiene respuesta.



Para Jorge Camacho

Calaverón metálico
salta el alfiler punzó,
la hogaza que no ladró
y el pisotón silábico

que dijo sí y dijo no.

Cada pluma, buena pesca,
y se ausentó en la grotesca
rondalla en Argos cenital.
La muerte es el pavo real,
y el fantasma vio la yesca.



Para Pablo Armando Fernández

1

Viene la noche y lo irisa
un movimiento y un gato,
ya Tic Tac y Cada Rato
meneándose en la brisa.
En la escoba el desacato
en el sábado va entrando,
furor del cómo y el cuándo.
La lengüilla del lagarto
en los domingos de parto,
meriendas de Pablo Armando.

2

La llanura y la candela,
el jinetuelo y guitarra,
van prolongando su tela.
La Nochebuena desgarrar,
no hay Nochebuena de seda,
ni abuela semimecida.
Lo reconozco, su herida,
como en el ciervo el acecho,
busca en el agua de helecho
la sucesión sumergida.

IV LAS PUERTAS

Entre dos puertas,
con su humillo, la palabra *entelerido*.
Las mantas sobre los huesos
y la avanzada en los dominios
del frío, del frío que borra la estrella
que rota en las espuelas.
En desfile, y sus voces coloreantes,
de la lámpara al pajar,
hinchando las mejillas del granadero,
dormido guardián.
El miedo entre dos árboles,
saltando las estacas del parral,
vistiéndose en un sillón tan anchuroso
como la palangana con los libros.
El frío se aclara con el miedo.
Frío entre los perros
que escarban en la medianoche,
allí donde lloró el antílope.
Después de frío y de miedo
viene fatalmente: sobrecogido.
Enteco entre dos árboles.
Lloroso, borroso, impalpable.
Vestido de pimienta bailón,
en su sueño el lagarto
comienza a humear.



V HAI KAI DEL GERUNDIO

El toro de Guisando
no pregunta cómo ni cuándo,
va creciendo y temblando.

¿Cómo?
Acariciando el lomo
del escarabajo de plomo,
oro en el reflejo de oro contra el domo.

¿Cuándo?
En el muro raspando,
no sé si voy estando
o estoy ya entre los olvidados
de Menandro.

¿Cómo? ¿Cuándo?
Estoy entre los toros de Guisando,
estoy también entre los que preguntan
cómo y cuándo.
Creciendo y raspando,
temblando.

